



## **LOS IDEALES SOCIALES Y POLÍTICOS DE DON QUIJOTE** *Una propuesta pedagógica*

**Jesús RÍOS VICENTE**  
*Universidad de A Coruña*

“Retratar a Don Quijote sin maltratarle es vestir su alma con cuerpo individual transparente, es hacer simbolismo pictórico en el grado de mayor concentración y fuerza, en un hombre símbolo. Y para esto hase de buscar el alma del hidalgo manchego en las eternas páginas de Cide Hamete, pero también fuera de ellas” (Unamuno, 1963: 73).

Y esto es lo que, cabalmente, hemos intentado hacer, sin pretensiones y con sencillez: buscar su alma a través de sus palabras, dejar hablar sus gestos, sus acciones, desentrañar su espíritu cargado en todo momento de una significación más allá de nuestras posibilidades. Porque nunca ha sido tan despacio como para agotar el último sentido de su expresión. Ni tan aprisa que nos haya privado de quedar sugestionados por su grandeza, inmersos en el misterio de su trágica lucha, de su desventura, de su desesperanza, de su bondad y, acaso acaso, de su lucidez para hacerse el loco en un mundo mezquino y recortado. Identificado con la tierra, seco y llano, en constante tensión con ella, Don Quijote es el símbolo de la angustia humana, de la dualidad irreconciliable en que el hombre ha de moverse: el espíritu y la carne. Y como en toda lucha de signo fatalista, el caballero es vencido. Pero no de modo radical, porque lo maravilloso ha sido enfrentarse a ella consciente de su fin negativo, alegre en el solo luchar, sin esperanza, sabedor de que su propuesta de vida, propuesta pedagógica, estaba cargada de futuro.

Don Quijote es representación del hombre y, a escala más reducida, representación también

de los hombres de su tiempo, expresión del alma del pueblo, de sus anhelos, de sus ideales, de sus reivindicaciones, vengador, con su libertad espiritual, de las injusticias de que es objeto.

“El alma de un pueblo, dice Unamuno, se empreña del héroe venidero antes de que éste brote a luz de vida, le presiente como condensación de un espíritu difuso en ella, y espera su advenimiento. En cada época surge el héroe que hace falta. Claro está, como que en cada época respira el héroe las grandes ideas de entonces, las únicas entonces grandes; siente las necesidades de su tiempo, únicas en su tiempo necesarias, y en unas y otras se empa. Y todo otro héroe que el que hace falta, acabaría en la miseria o el desprecio, en la galera o la casa de orates, en el cadalso tal vez.

No es el héroe otra cosa que el alma colectiva individualizada, el que por sentir más al unísono con el pueblo, siente de un modo más personal; el prototipo y resultante, el modo espiritual del pueblo” (Unamuno, 1963: 74).

Éste es precisamente el motivo de que , al tratar de sintetizar los ideales políticos y

sociales de Don Quijote, nos hayamos de enfrentar necesariamente con el estado del pueblo en aquella época, con sus ideas, con su conformismo o inconformismo respecto de unas formas políticas determinadas. Veremos que Don Alonso Quijano, unas veces velada y tímidamente, de modo abierto otras, se opone a la radical injusticia que entonces imperaba, a la idea de que el mundo está bien hecho y en la naturaleza humana hay impresiones que nos destinarán a una u otra clase social, si bien es cierto que cada hombre estará en aquél que le coloquen sus obras.

Como encontramos en los estudios al uso, es el tiempo del oro y la plata americanos, el de la riqueza venida como por encantamiento y cuya abundancia hará vivir un presente despreocupado, ajeno por completo a la creación de una base económica sólida que hubiera permitido a España mantener en aquel presente su poderío militar y, en el futuro, entrar con desahogo en los siglos siguientes. Y es el tiempo también del brillo de las artes, las letras y las armas. Siglo de oro que sólo nos haría soñar, si no viésemos desde nuestro tiempo el caudal enorme de energías que se malgastó y lo inútil de tanta lucha partiendo de ese desfundamiento interior. Cervantes dejó plasmada esta desesperanza, aunque las necesidades de la vida le hiciesen plegarse a los poderosos y los ricos. En su interior era consciente del fracaso final a que España caminaba.

Las clases sociales se mantienen casi en una división idéntica durante el reinado de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Perdido su inmenso poder y apaciguadas las luchas nobiliarias del siglo XV, la nobleza se transforma en aristocracia palatina o cortesana, conservando intacto su potencial económico. Nobles, caballeros hidalgos, en un orden descendente, pugnan por mantener su posición. A ellos se añadirán los Grandes de España, un nuevo título creado por Carlos V. En los asuntos de gobierno estos reyes prefirieron servirse de magnates de segundo orden, como inme-

diatos colaboradores, dejando algunos cargos importantes a grandes señores, que, en un momento de terminado, cargarían con la responsabilidad, quedando el rey a salvo y como árbitro supremo en medio de ellos.

La clase media estaba compuesta a menudo por magistrados, altos empleados administrativos y todas las profesiones liberales, burguesía acomodada, a la que hay que añadir la dínarada de las grandes capitales mercantiles. Las clases inferiores, pecheros, jornaleros, siervos, en condición social poco menos que deplorable. Una característica dominante en las sociedades mediterráneas del siglo XVI es la paulatina desaparición de las clases medias en beneficio numérico de la aristocracia territorial y de la plebe urbana y del campo. En todos los países, a medida que avanza el siglo, fue cristalizando la división entre una nobleza rica, compuesta por familias pujantes que se apoyan en enormes latifundios, y una masa siempre creciente de pobres y humildes. La mayoría de los advenedizos se elevaron socialmente por la vía del comercio. También se incrementó en el transcurso del siglo XVI la población eclesiástica, siendo el clero regular mucho más numeroso que el secular. En total más de cien mil religiosos al terminar el siglo. Esta clase social mantenía una división más radical e injusta si cabe que la existente en las demás: un alto clero, con poder y dinero equivalentes al de los nobles señores. Y un bajo clero, muchas veces viviendo en condiciones francamente deplorables. Tendremos ocasión de referirnos después a lo espiritual como limitación en el ejercicio de la libertad y base y apoyo de un poder muchas veces injusto.

Ahora constatamos ya finalmente que el régimen de propiedad se atenía todavía a normas medievales y consistía sobre todo en la posesión de bienes inmuebles. Que la organización del trabajo, excepto en aquellos sectores que mantenían todavía el vasallaje anterior, se realizaba encuadrado en Gremios y Corporaciones, según las directrices del siste-

ma gremial. Estaban unidos por un fuerte espíritu de solidaridad y de grupo, incrementado por la minuciosidad de los reglamentos que limitaban no sólo la libertad en el trabajo, sino también la propia libertad individual. Para ejercer cualquiera industria era preciso pertenecer al gremio y pasar en él por los tres grados: aprendiz, oficial y maestro.

En la vida familiar se da una inmovilidad total, organizada en régimen patriarcal y con predominio de las prerrogativas del hombre –con libertad absoluta- sobre las de la mujer.

Toda esta situación de la época se refleja ampliamente en las páginas del Quijote. Cervantes nos pintó unos personajes que son prototipos de la diferencia de clases, tan enorme, que en España existía. A pesar de su bondad, de su humanitarismo y locos ideales, Don Quijote se siente totalmente alejado de Sancho y de otros personajes que le rodean. Y no siente este alejamiento, sino como algo normal y necesario, natural y bien ordenado. Y lo que en él no es más que conformismo irremediable, en otros es defensa a ultranza de unos privilegios y comodidad a costa de los pobres. Cervantes, consciente de ello y de la situación creada, dice querer resucitar la historia de “Don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega y el primero que en *nuestra edad y en estos calamitosos tiempos* se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas...” (Cervantes, 1966: 78). Experiencia sobrada tenía Cervantes para hablar así. Conocedor profundo de todos los estamentos sociales, sintió en su misma persona, con mayor fuerza que ningún otro, la animosidad de la fortuna y el poco aprecio que sus servicios merecieran. Resignado, no puede menos en algún momento de expresar con sinceridad lo que en su alma sentía.

Tres alternativas tenían los hombres de aquel tiempo a la hora de situarse socialmente: dedicarse a la Iglesia, ser soldado o servir en la casa del rey. Está magníficamente expresado, siendo al mismo tiempo exacta división de la

sociedad, en la vida del cautivo contada por él mismo: “hay un refrán en nuestra España a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves, sacadas de la lengua y discreta experiencia; y el que yo digo dice: Iglesia, o mar o casa real, como si más claramente dijera, quien quisiera valer y ser rico, o siga la Iglesia, o navegue, ejercitando el arte de la mercancía o entre a servir a los reyes en sus casas, porque dicen: más vale migaja de rey que merced de señor. Digo esto porque querría, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar a servir en su casa” (Cervantes, 1966:356). Esta división, que en este momento no pasa de ser meramente necesaria en toda república bien organizada, se convierte en injusta al defender cada clase sus posiciones, muchas veces contra toda razón. Hallamos aquí infinidad de notas que lo demuestran. Bastará con aducir una en cuanto al linaje y a las cuatro clases que Don Quijote distingue: unos que tuvieron principios humildes y crecieron hasta llegar a suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes y los conservan después; los terceros que con principios grandes acabarán en punta como pirámide, hasta quedar en nada; los últimos, y éstos son los más, que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio y así no conservarán su nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. “De todo lo dicho quiero que infirais, bobas mías, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquéllos parecen grandes e ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo” (Cervantes, 1966: 525).

El odio de unas clases para con otras era algo normal, difícilmente reconciliable con su postura de un cristianismo a ultranza y que a nosotros nos parece ahora atento a la letra y no al espíritu. Los judíos fueron especialmente maltratados y conscientemente llevaron el peso

de cualquier desastre social: “Y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia católica y romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos ...” (Cervantes, 1966: 536).

Existen también referencias, puestas en labios de Sancho, sobre la esclavitud y venta de los negros: “¡Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros! ¡Habrás más que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender, y a donde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida! No, sino dormios, y no tengais ingenio y habilidad para disponer de las cosas y para vender tres, seis o diez mil vasallos en dácame esas pajas: por Dios, que los he volar chico con grande, o como pudiere, y por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos, llegaos, que me mamo el dedo” (Cervantes, 1966: 268).

Y todo esto apoyado y fundamentado en este orgullo de raza vieja, de cristianos viejos, a los que muchos siglos de cultura y de religión no había logrado convencer de la igualdad de todos los hombres. Son muchos los testimonios en boca de los distintos personajes. Basta el arriba nombrado y el saber que a cada paso Sancho, como última demostración de su verdad, tiene en los labios esta palabra de “cristiano viejo”.

Sólo la muerte iguala la diferente condición social de los hombres. La vida es como una comedia, donde representado el papel asignado, salimos de escena. Estos eran los pensamientos de Don Quijote y Sancho, luego de su encuentro con los comediantes de las cortes de la muerte. Y en estas pláticas discurrían: “Porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como es la misma comedia ...” Y, junto con los actores “son instrumentos de hacer un gran bien a la República, poniéndonos un espejo a cada paso delante, donde se

ven al vivo las acciones de la vida humana: y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que hemos de ser, como la comedia de los comediantes. Sino, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y, acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

Pues lo mismo, dijo Don Quijote, acontece en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y, finalmente, todos cuantos figuran se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte la ropa que les diferenciaba y quedan iguales en la sepultura” (Cervantes, 1966: 558-559).

Y no menos donosa que la comparación de su señor Don Quijote fue la de su escudero Sancho, en que la vida es como un juego de ajedrez, que mientras dura el juego, cada uno tiene su particular oficio y, en acabándose el juego, todos se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellos en una balsa, que como dar con la vida en la sepultura (Calderón de la Barca desarrollará esta misma idea en el “Gran Teatro del Mundo”). Y todo ello nos acaba de confirmar que en estos hombres alentaba la esperanza de que toda injusticia termina, de que una radical igualdad hermana a todos los hombres y, al terminar, cada uno recibirá conforme hayan sido sus obras en esta escena de la vida.

Para terminar esta ya larga y necesaria digresión introductoria, queremos señalar todavía el profundo conocimiento teológico de Cervantes, como sucedió a la mayor parte de nuestros clásicos. Y advertir que dentro de una lógica normal es imposible separar los ideales políticos y sociales de Don Quijote, de aquéllos que tenía su creador. Su vida no fue un

modelo de ventura. En ella se encuentran motivos suficientes para la desesperanza y para alzarse contra el trato injusto de la incierta fortuna. Y lo mismo que hemos de identificar los ideales de Don Quijote y Cervantes, no podemos separar totalmente la mezcla que de unos y otros se hace en la obra. Unos condicionan a los otros, porque, sin duda, de una política sana y de un buen gobierno, ha de salir un cuerpo social íntegro y sin remiendos. Y donde se atiende con suficiente cuidado a las necesidades materiales, sin usar el mando en provecho propio, el espíritu estará libre para engendrar ideas altas y nobles. En las páginas siguientes intentaremos resumir las que de tipo social y político animaban a Don Quijote.

### **IDEALES SOCIALES**

“Fin por cierto generoso y alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel que las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres puedan desear en esta vida” (Cervantes, 1966: 349).

En estas pocas palabras podría resumirse, aunque parezca paradójico, el ideal social de Don Quijote: *en buscar la paz, en conseguir la paz personal y comunitaria a través de una lucha a favor de la verdad y sinceridad.*

Don Quijote es consciente de que en ambos planos, en el individual y social, se precisa una rápida intervención para, de algún modo, tratar de remediar la injusticia que les sirve de base. No es labor suya, de ninguna persona considerada aisladamente. Pero cuando el Estado se desentiende de su solución, en la mente de los grandes hombres, del héroe, nace la idea de ser llamado y escogido para tal empresa. A ella se entrega sin estrategias, sin ideologías de grupo, a pecho descubierto. Los medios que empleará serán normalmente pobres. Y al final su derrota, material solamente, no empañará el brillo de su entrega, porque habrá engendrado semilla que germinará en el futuro.

El ideal social del Caballero de la Triste Figura se nos muestra patente en la finalidad que se propone al emprender su aventura y en multitud de pasajes al referirse a los Caballeros Andantes: “Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar, y deudas que satisfacer” (Cervantes, 1966: 28). No es, pues, tiempo de demorarse en lo propio, de entretenerse en los quehaceres y vida cotidianos, como justificación para no dar el paso adelante. Y en otro lugar: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltar de caminos llamais al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos?” (Cervantes, 1966: 421).

Es el esfuerzo individual para remediar unos males que el estado debiera solucionar, para calmar en lo posible, con un sacrificio tal vez inútil, estos dolores de la sociedad y si no atraer la misericordia de Dios, al menos alejar las fuerzas extrañas que tratan de rendir al hombre. En la mente de los grandes hombres se engendran estos pensamientos, no importa que a la vez quieran conseguir para ellos un poco de honra y fama, como las que aquí espera Don Quijote alcanzar.

Pero a estos grandes males ¿con qué medios se enfrenta el caballero?

Causa tristeza ver la enorme ilusión de Don Quijote, su entereza de ánimo, el profundo convencimiento de su misión. Y, como un símbolo, contemplarle afanado en preparar sus armas, en arbitrar los más pobres pertrechos de que jamás haya usado caballero andante:

“Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas en orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y

olvidadas en un rincón. Limpiólas y ade-rezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada en el morrión, hacía una apariencia de celada entera” (Cervantes, 1966: 25).

La modestia de sus armas no impidió que, en su locura, en su delirio de escogido, las vela-ra religiosamente en la noche que en la venta fue armado caballero. Y como esperando de ellas una virtud saludable impidiese que manos profanas tocasen aquel talismán de su aventura.

En las varias y siempre desdichadas aven-turas que Don Quijote realiza al principio, una idea parece resaltar sobre todas las demás. Y podría ser importante, porque, de ser cierta, daría al traste con todos estos ideales de redención del pobre y del humilde. ¿Merece la pena redimir a estos hombres, a gusto en su incultura, que parecen preferir las migajas que les deja la injusticia, a los dolores del sacrifi-cio por elevarse?

Una desesperanza inmensa parece apode-rarse del alma del héroe, del ánimo de Don Quijote. “Pero, con todo esto, él (el muchacho azotado en el bosque) se marchó llorando, y su amo se quedó riendo”(Cervantes, 1966: 45). Y salió también malparado de la aventura con los mercaderes por culpa de rocinante: “Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja con-tra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara muy mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le cansaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas”(Cervantes, 1966 46).

Y no recibió sino burlas de los presos que liberó, como de gente baja y soez, incapaces de

comprender la humanidad de aquel hombre. El muchacho servidor del rico quiere antes seguir recibiendo azotes de su amo que el auxilio de Don Quijote. Eran muchos siglos de servidum-bre, de conformismo villano para poder ahora en un momento alzarse sobre la tierra.

*El eterno sueño de los pobres:* y, con todo, estos hombres esperan siempre el milagro, la dádiva maravillosa, que les redima de su condi-ción: “Mire, vuestra merced, señor caba-llero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea”. “Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey, por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oíslo, ven-dría a ser reina, y mis hijos, infantes” (Cervantes, 1966: 65).

*Añoranza de otra edad.* ¿Comunismo auténtico? Especial importancia tuvo el encuentro con los cabreros, porque Don Quijote, transportado por la sencillez y la paz de aquellos hombres y lugares, comenzó a hacer el elogio de la edad dorada. Y, como consecuencia, surgió la crítica de la presente y la alabanza del tiempo en que todo era común, la propiedad privada no enturbiaba las rela-ciones humanas y las preocupaciones econó-micas no embargaban al hombre:

“¡ Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieran nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*!. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes (Cervantes, 1966: 88 ss).

No era necesario el trabajo para alcanzar el sustento. Todo era paz entonces, todo amis-tad, todo concordia; ¿No es esto una condena explícita de su tiempo, una descripción som-bría de la época en que él vivía, visión profé-tica de tiempos por venir? “La justicia se esta-

ba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interés, *que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen.*”

En pocas palabras muestra su opinión sobre la manera de administrar justicia, la rectitud que han de tener los jueces, y que es lo que puede adulterar su escogida misión, que nunca puede ser la de un mero funcionario, guiado por el interés, el favor, la ideología o el lucro descarado. El concepto de autoridad, sobre todo en cuanto se refiere a la figura del rey, parece quedar siempre a salvo. Si liberta a los presos, lo hace sólo pensando en que no van de buen grado. El mismo concepto de autoridad mantiene respecto a los señores. Defiende también su autoridad sobre Sancho y da el mundo por bien ordenado, regido por los nobles señores. Y cuando menos cabía esperarlo, como en los episodios que tienen por protagonista a Fernando, hijo del duque andaluz. *Es el peso de la tradición que preserva a éstos de la crítica y enmudece todavía a los pobres.*

Pero, apurando un poco más, ¿será el cansancio del héroe, su desengaño lo que le lleve a la aceptación del mundo tal como lo tenemos? Y a aceptarlo desde la pertenencia a un cristianismo, criticado en alguna de sus instituciones, no en su esencia, ni en sus dogmas, alabado en multitud de pasajes y siempre respetado: “¿Adónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan a ir contra nuestra fe católica? Advierta ¡mal haya yo! que aquélla es procesión de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace; que por esta vez se puede decir que no lo sabe”(Cervantes, 1966: 470).

Pero esta aceptación del Cristianismo y lo dado, como obra bien hecha, no impide ni exime a Don Quijote de su aportación personal a que la justicia impere. ¿Es la providencia de Dios solución de los problemas del mundo?

¿Obra sola o de acuerdo y con la colaboración de las fuerzas del hombre? El mundo ha sido entregado al hombre para que lo lleve a perfección. Todo lo que esté de acuerdo con su inteligencia, será natural a él y por tanto bueno. Jamás puede ser la providencia de Dios, refugio de vagos, apocados o desengañados.

No parece que las palabras del Paul Hazard, en *La crisis de la conciencia europea*, puedan aplicarse del todo a nuestro héroe, que ha desbordado los límites del simple ciudadano conformista, que, desde el pensamiento y creencia en la inocencia humana, se muestra como modelo del hombre recto y cabal: “¿Qué contraste y qué tránsito tan brusco! La jerarquía, la disciplina, el orden que la autoridad se encarga de garantizar, los dogmas que regulan con firmeza la vida: ello es cuanto apreciaban los hombres del siglo XVII; y la sujeción, la autoridad, los dogmas era precisamente lo que detestaban los hombres del siglo XVIII, sus inmediatos sucesores. Aquéllos se consideraban cristianos y éstos anticristianos; los unos creen en el derecho divino y los otros en el derecho natural; los primeros observan una actitud conformista en una sociedad dividida en clases sociales notoriamente desiguales, y los segundos sólo sueñan con la igualdad”.

## **IDEALES POLITICOS**

Brevemente anotamos los temas principales (dignos de un mayor desarrollo) que, a nuestro antender, podrían ser tratados en este apartado.

Los ideales políticos de Don Quijote están expuestos con menos claridad que los sociales. Éstos son casi una exigencia para calmar la conciencia culpable del poder y una aspiración o utopía, cuya realización dicen siempre impedir fuerzas extrañas. Nos parece normal que estén expuestos más veladamente, sugeridos, porque, tanto en su tiempo como en el nuestro, la libertad es más aparente que real, y

poner en tela de juicio la autoridad y defender el régimen político que uno desearía choca siempre frontalmente con las fuerzas fácticas y los intereses, disfrazados, eso sí, de rectitud.

Cuatro temas principales deberán ser estudiados:

- 1º La Monarquía, como institución aceptada sin crítica. (Cervantes, 1966: 523; 658).
- 2º Opinión sobre la autoridad y la autoridad del príncipe por encima de toda otra cosa. (Cervantes, 1966: 178;777).
- 3º Los consejos dados al príncipe para un recto uso de su gobierno.
  - De tipo personal.
  - Respecto de la república.
  - De los medios que ha de usar para hacerse querer y respetar.(Cervantes, 1966: 796 y ss.).
- 4º Sobre el gobierno, organismos, etc.
  - Diversos oficios de una república bien organizada (178 y ss.)
  - El gobierno de los estados (455).
  - La Guerra y los motivos de que pueda ser justa (681).
  - La Santa Hermandad (188)
  - Fin de los gobiernos en la consideración del pueblo (865).
  - Bondad natural y primera intención buena, fundamentos del buen gobierno.(776).
  - Respeto al Príncipe y a la justicia (272).
  - Ejemplos de buen gobierno,: Sancho guiado por la prudencia y el sentido común ( 792-93).

A estos se podría añadir el patriotismo de Don Quijote y el ansia de poder, como una de

las fuerzas impulsoras de la actividad humana. Cervantes, 1966:26; 770).

## CONCLUSION

Terminamos como habíamos comenzado, con palabras de Unamuno: “Lo que más impresionó a Cide Hamate en la figura de Don Quijote fue su tristeza, revelación y signo, sin duda, de la honda tristeza de su alma seria, triste y escueta como los pelados páramos manchegos, también de tristísima y augusta solemnidad, tristeza reposada y de sereno continente. Sancho lo bautizó como el nombre de “Caballero de la Triste Figura”. Y añade: “aquel Cristo castellano fue triste hasta su muerte hermosísima”(Unamuno, 1963:77).

¿Sería, preguntamos nosotros, lucidez de lo inútil de su lucha contra un mundo y unos hombres incapaces de todo cambio? ¿Es el pesimismo de la vida, la desesperanza de una existencia mejor, la filosofía de una existencia abocada no se sabe a qué? La cordura de Don Quijote es su definitivo desengaño ante los hombres y sus obras.

Y Azorín, caballero como Don Quijote por los campos manchegos, pone punto final: “Tal vez sí, nuestro vivir, como el de D.Alonso Quijano, el Bueno, es un combate inacabable, sin premio, por ideales que no veremos realizados...”(Azorín, 1964:30).

## OBRAS CITADAS

- UNAMUNO, Miguel de. 1963. *El Caballero de la Triste Figura*. Madrid: Espasa-Calpe
- CERVANTES, Miguel de.1966. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: J. Pérez del Hoyo.
- AZORÍN. 1964. *La Ruta de Don Quijote*. Madrid: E.D.A.F.